

CUATRO ESTACIONES

La primavera estaba allí. Se había producido una explosión de luz y color. Deseaban que la vida fuera más amable con ellos de lo que lo había sido con sus progenitores. Harían todo lo que estuviera en su mano para que ese anhelo se hiciera realidad. Estaban esperanzados en lograrlo. Tenían derecho a soñar.

Zacarías y Paco abandonaron los estudios de Formación Profesional para entrar en la empresa de cables que había abierto dos cadenas de producción en el polígono industrial de la localidad. Trabajaban ocho horas cada día de lunes a viernes y el sueldo no estaba mal. Podían entregar una parte en su casa y quedarse con la otra para pagar los plazos del coche o ir ahorrando para comprar un piso cuando llegara el momento y con lo que restaba podían tomar copas con los amigos durante el fin semana.

A Clara, nada más terminar el Bachillerato, sus padres la obligaron a quedarse en el negocio familiar. Era la panadería más rentable de la comarca y allí su futuro estaba más que asegurado. Los profesores no entendieron esa decisión, era una alumna brillante y trabajadora, si seguía estudiando podría llegar muy lejos. Por aquel entonces empezaba a salir con José, trabajador de la construcción, unos años mayor que ella. Meses más tarde Clara le hizo saber que estaba encinta. El albañil se desentendió del tema y los padres, al enterarse, consideraron el hecho como una afrenta familiar. Los hermanos de la embarazada decidieron tomar parte en el asunto y le propinaron unos cuantos mandobles al paleta, quien, viendo el cariz que tomaba la cuestión, consideró muy necesario y conveniente tomar otros aires más benignos para él, no sin antes asegurarle a su exnovia que reconocería a la criatura y colaboraría en los gastos de su desarrollo y manutención. Así que se despidió de la empresa en la que trabajaba y recaló en la costa de Valencia. Allí había mucho que hacer, según le habían dicho los salarios estaban muy por encima del convenio, aunque, eso sí, había que trabajar duro.

Manuel, amigo íntimo de José, tras terminar el Bachillerato se marchó voluntario al ejército, con la intención de ir progresando poco a poco en la escala de suboficiales. Isabel, hermana gemela del militar, aprobó el Curso de Orientación Universitaria y la Prueba de Acceso a la Universidad. Terminó la carrera de Arquitectura Técnica de forma brillante y comenzó a trabajar en una gran empresa nacional.

Llegó el verano. Durante el día hacía calor, a veces insoportable, por la noche si refrescaba se podía soñar, pero no siempre sucedía así. Ante ellos estaba la realidad que cada uno se había ido forjando a lo largo de los años. Todos eran del mismo barrio, sin embargo, sus huellas transitaban por senderos muy diferentes.

Isabel, tras cinco años de trabajo y estancia en Valencia, regresó a su ciudad natal para hacerse cargo de la Concejalía de Urbanismo. En las próximas elecciones se presentaría como cabeza de lista y lograría alcanzar la alcaldía. Después de un largo noviazgo que no llegó a buen puerto, decidió adoptar a una niña. Sus amistades hicieron posible que este proceso, que normalmente era largo e intrincado, en su caso finalizara en meses.

Manuel vivía en Madrid, era sargento en la brigada acorazada. Le gustaba jugar al mus, y era socio del Atlético. Los amigos decían que no podía ser de ningún otro equipo porque esa pasión la había tenido desde pequeño. Sostenía que no le interesaba la política, que era un rollo de siglas, pero se quejaba de que en el ejército no se cobraba de acuerdo a la responsabilidad que se asumía y al modo de vida que se llevaba.

Zacarías, Paco, Ivo, Mohamed y los hermanos de Clara, Pascual y Ramón, cuando la empresa de cables se marchó a Marruecos, se quedaron en el paro. Durante un tiempo largo no encontraron trabajo porque su perfil profesional no era el adecuado. Los cuatro primeros solo habían trabajado en la cadena de producción del cableado y los dos segundos lo mismo, más algún tiempo, poco, ayudando a su padre en la panadería. El padre se había metido en la puesta en marcha de una empresa de pan de molde. Según comentaba, las malas artes de las empresas multinacionales de la competencia y los préstamos continuos del banco habían acabado con el negocio que había iniciado su abuelo. Fueron años en los que las compañías energéticas se pusieron de acuerdo para ofertar el megavatio hora al tipo más alto de coste de producción y no al coste ponderado de los diferentes tipos que hubiera sido lo más razonable.

Clara tuvo un niño. Trabajó en el despacho de pan hasta el último momento. Después presentó su solicitud en varios supermercados y tiendas. Al año, una tienda de alimentación la contrató durante seis meses a media jornada prolongándole el contrato durante cuatro meses más. Su madre le echaba una mano con el pequeño. Esta murió,

según las malas lenguas, a consecuencia del disgusto que le provocó la ruina familiar. El padre se dio a la bebida y más tarde cogería un autobús con rumbo a la capital. Durante mucho tiempo nada se supo de él.

José, a pesar de sus promesas, desapareció nada más nacer el bebé. Cuando la burbuja de la construcción pinchó, se quedó en la zona costera vendiendo y alquilando apartamentos turísticos a comisión. Se casó con Celeste, una monitora deportiva dominicana que trabajaba en un gimnasio. Con ella tuvo dos hijos y se divorció. Siguió sin cumplir con sus obligaciones legales. Su ex se ganaba la vida con holgura y nunca le importó demasiado. Según ella, era un hombre tóxico y mejor que estuviera lejos de los niños para que estos pudieran crecer en paz.

El otoño se fue abriendo camino en el alma nostálgica de los peregrinos. Algunos días el cielo estaba encapotado, predominaba el gris, llovía; otros lucía un sol tibio y sereno, poco a poco la luz iba menguando y asomaba el viento frío. Apenas quedaban sueños. La vida emitía una cálida sonrisa para algunos, para la mayoría era dura y había que luchar para sacarla adelante, para otros, sin embargo, las derrotas, la escasez, la soledad, la invisibilidad eran el pan de cada día.

Los trabajadores que habían acudido al pleno para exponer a la alcaldesa su precaria situación en la empresa de limpieza, una conocida multinacional contratada desde hacía dos décadas por el Ayuntamiento, salieron defraudados. La mayoría estaban molestos, otros cabreados y, los menos, con la sensación de ser insignificantes, escoria social, cuyos problemas y sentimientos no importaban a nadie. Dentro de estos últimos, estaban Zacarías, Paco, Clara, Manuela y Ramón. Todos ellos compartían dos estigmas: mediana edad y haber pasado por periodos de paro de larga duración. En el caso de las mujeres también tenían en común el hecho de formar parte de una familia monoparental. Los sindicatos del sector manifestaban que las grandes empresas, tras obtener contratos muy suculentos de las instituciones públicas, mantenían a sus operarios en unas condiciones laborales y salariales altamente precarias.

Tras varios años en la estacada, cuando solo recibían la raquítica ayuda social, fueron contratados por la citada empresa para trabajar a media jornada cobrando una cuarta

parte del sueldo mensual. “Las cosas están mal – les habían dicho en la oficina - cuando la crisis pase os mejoraremos el contrato”.

Habían transcurrido cuatro meses, y todavía no habían podido exponer su punto de vista en el apartado de ruegos y preguntas. Cuando llegaba el momento, simplemente la alcaldesa comunicaba que ya no había tiempo para tales menesteres. Ellos que habían soportado varios plenos tediosos de más de cuatro horas de duración ni siquiera habían dispuesto de unos minutos de escucha y atención.

Manuela no pudo hacerse cargo de la hipoteca del piso. Acabó viviendo con sus hijos en el parque, cada día más dependiente del alcohol. Las trabajadoras sociales tuvieron que intervenir: ella fue derivada a un centro de desintoxicación y sus hijos entraron en un centro de menores, según le dijeron, de manera provisional.

Celeste se presentó a las elecciones municipales. Representó como concejal a uno de los grupos de la oposición durante un mandato. Posteriormente, volvió a trabajar en el gimnasio que, desde hacía un lustro, ya era de su propiedad.

Invierno. La decadencia asoma a la ventana, avanza a paso lento por las largas noches donde aúlla el viento. Se apaga la luz y los recuerdos enmudecen. Hay miradas que callan, otras duelen y algunas hieren.

Manuel se acogió al plan de jubilación anticipada de los mandos del ejército. Se retiró con las catorce pagas que correspondían a su graduación de brigada. Siguió con sus actividades y sus hobbies y con su Atlético de Madrid.

Paco y Mohamed ya tienen muchos años, sus cuerpos están muy castigados. Un puente no es el mejor sitio para envejecer. Ivo regresó a Bulgaria, aquí las cosas no le iban nada bien. Solía comentar que sentía mucha nostalgia de su país.

Zacarías, el bueno y callado Zacarías, murió en la cárcel con la prisión permanente revisable que nunca se revisó y con enajenación mental. Había matado con un cuchillo a dos jovencuelos que habían prendido fuego a su colchoneta una noche glacial, cuando estaba tapado de pies a cabeza en el portal de unos grandes almacenes.

Isabel, la otrora regidora municipal, solía manifestar con orgullo que no recibía remuneración alguna por ostentar la máxima autoridad consistorial. Todo el mundo sabía que durante un largo tiempo también había ocupado un alto cargo en el Departamento Provincial. Siguió en la política nacional como senadora hasta los setenta y cinco años. Su hija, Vanesa, vive en Nueva York.

José, dejándose llevar por la avaricia y por consejeros no muy bien informados o quizá maliciosamente orientados, realizó grandes inversiones en un fondo que daba excelentes dividendos, sin embargo, con el tiempo resultó ser un fiasco piramidal. Los magnates del fondo fueron juzgados y condenados, pero para entonces él, como tantos otros, estaba en la ruina más absoluta. Se subió al todoterrreno después de beber muchas copas una noche de niebla y condujo en dirección contraria por la autovía durante seis kilómetros. La policía informó de dos personas muertas además del kamikaze y cuatro gravemente heridas.

Clara vive con la familia de su hijo que se niega a llevarla a una residencia. Por su parte, ella les entrega su pequeña pensión todos los meses.

Celeste se trasladó a una comunidad de personas mayores. Son frecuentes las visitas de sus hijos y las de ella a las familias de estos.

Hoy es Nochebuena y el Consistorio, como todos los años, ha organizado una acogida en los distintos albergues para los “transeúntes sin domicilio habitual”, eufemismo que actualmente se utiliza para evitar nombrar las palabras: mendigos, sin techo, pobres de solemnidad.

“Relatos sin sordina”